

UN
LABERINTO
DE
TRAICIONES
OSCURAS

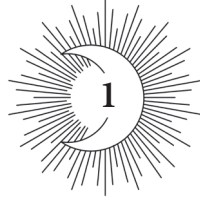
LEXI RYAN

LEXI RYAN

UN
LABERÍNTO
DE
TRAICIONES
OSCURAS

TRADUCCIÓN DE LARA AGNELLI

 Planeta



Más allá de los muros del castillo sale el sol y los pájaros cantan, pero el Palacio Dorado está cubierto por un velo de noche.

«Mi noche. Mi oscuridad. Mi poder.»

Lanzo mi magia sin reparos, atrapando en ella a cualquiera que se atreva a perseguirme. La oscuridad se arrastra tras de mí como si fuera la cola de un sofisticado vestido de novia, pero no soy la novia de nadie.

No dejaré que me engañen con sus bonitas mentiras y sus manipulaciones. Sebastian me traicionó. Todos me traicionaron, pero su engaño me duele especialmente. Se suponía que él debía amarme y protegerme, y aun así lo que hizo fue utilizarme para robar la corona unseelie. La rabia me inunda las venas y alimenta mi poder.

Sigo corriendo a pesar de que el camino se vuelve escarpado y las piedras se me clavan en los pies descalzos. Me concentro en el dolor, dándoles la bienvenida a las punzadas que me causan los guijarros en las plantas de los pies, pues el dolor es lo único que logra acallar un poco las otras sensaciones: la angustia y la frustración que provienen del ser al que amo. El ser con el que acabo de vincularme para siempre. El ser que me mintió, que me traicionó.

No quiero sentirlo. No quiero saber que al marcharme le he roto el corazón en dos pedazos ni que se ha quedado destrozado al perderme. No quiero entender que estaba atrapado por sus obligaciones ni comprender lo mucho que se arrepiente. Pero no puedo evitarlo, el vínculo que une nuestras almas me obliga a hacerlo.

Sebastian me traicionó para apoderarse de la corona. Ahora ya tiene lo que quería y en cambio yo me he convertido en lo que siempre había despreciado.

«Una fae, un ser inmortal.»

La razón trata de imponer su criterio a zarpazos mientras corro.

Voy descalza, vestida con un camisón. Así no voy a llegar muy lejos, pero me niego a dejarme capturar.

Vuelvo sobre mis pasos y me dirijo a las caballerizas. Cuando entro el mozo de cuadra abre mucho los ojos y los fija en la gran ola de oscuridad que se cierne sobre nosotros a mi espalda, lista para atacar. Es joven, tiene el pelo rubio oscuro, brillantes ojos azules y las orejas puntiagudas de los fae. Lo he visto alguna vez que he ido a buscar un caballo para dar un paseo por los jardines del palacio. Cuando pensaba que estaba a salvo aquí y que el amor de Sebastian era puro.

—Las botas. Dámelas —le ordeno alzando la barbilla.

—Las... Las... —balbucea mirando de reojo hacia el castillo y la destrucción oscura que he dejado a mi paso.

—¡Las botas! ¡Ya!

Sin dejar de mirarme con los ojos muy abiertos, preocupados, se desabrocha las botas y me las lanza cerca de los pies.

—Y un caballo —le pido mientras me calzo.

Las botas me van un poco grandes, pero servirán. Me ato los cordones con fuerza y los sujeto a la altura de los tobillos.

Cuando veo que vuelve a mirar hacia el palacio, hago estallar mi poder y la noche palpita de manera maliciosa. Veo que le tiemblan las manos mientras saca una yegua blanca de su establo.

—¿Q... qué está pasando, señora?

Sin hacerle caso señalo con la barbilla el cinturón oscuro donde guarda los puñales.

—El talabarte también.

Él se lo desabrocha y lo deja caer al suelo. Rápidamente me apodero de él sosteniéndolo por la hebilla y me lo coloco alrededor de la cintura antes de montar en el caballo.

—Gracias —le digo, pero el chico está atemorizado, como si esperara que fuera a matarlo con sus propias armas.

Su miedo me deja una sensación amarga en la boca. ¿Es esto en lo que me he convertido?

«Es Sebastian quien me ha convertido en lo que soy ahora.»

Me niego a pensar en ello mientras me muevo para animar a la yegua a salir de los establos. Me estoy acomodando sobre la silla cuando noto un tirón en medio del pecho. Un dolor agradable que me ruega que regrese a palacio.

«Que regrese junto a Sebastian.»

Se oyen gritos que cruzan los prados. Con mis nuevas orejas feéricas distingo los sonidos que componen el caos que llega desde el castillo: el barullo, los chillidos, los pasos que vienen en esta dirección.

Los gritos se acercan. La magia se me ha escapado y la oscuridad ha aflojado su agarre.

Clavo los talones en los flancos del caballo y salimos galopando a toda velocidad mientras trato de agarrarme tan fuerte como puedo.

«Vuelve.» No es que oiga las palabras, sino que las siento. Es un dolor que me quema el pecho y se me instala en los huesos. «Te necesito. Regresa a mí.»

El recuerdo de la conexión que me une a Sebastian hace que cabalgue más deprisa. No sé si seré capaz de escapar de él, si lograré acallar el dolor de su corazón roto poniendo distancia de por medio, pero pienso intentarlo.

—Necesito una habitación para esta noche —le digo a la tabernera que hay tras la barra de la posada, un edificio que ha visto días mejores. Tengo la voz cascada y estoy tan agotada que todos los músculos del cuerpo se quejan cuando me muevo.

No sé dónde estoy ni a qué distancia me encuentro del palacio. Todo lo que sé es que he salido cabalgando a toda velocidad y que he atravesado pueblos y campos hasta que casi me caigo de la silla.

Hacía tiempo que no montaba a caballo, desde que era niña, y nunca lo había hecho durante tantas horas seguidas ni por un terreno tan escarpado como el que me he encontrado hoy. Cuando le he entregado las riendas al mozo de cuadra de la posada, las piernas aullaban de dolor.

La tabernera tiene las orejas puntiagudas y los labios fruncidos. En sus ojos azules percibo el brillo helado de la gente que no ha tenido una vida fácil. Me examina de arriba abajo y me imagino el desastre que debe de estar viendo. El camisón, que era blanco, es ahora del color del polvo

del camino, y estoy segura de que mi cara no está mucho más limpia. El pelo, que ahora me llega por la barbilla, es un nido de enredos pelirrojos, y tengo los labios resecos por la sed.

—No hago obras de caridad —murmura dándose la vuelta para servir a otro parroquiano con aspecto más prometedor.

Suelto una bolsa de monedas sobre la barra. Mi pasado como ladrona me está siendo muy útil. Este oro feérico es cortesía de un orco borracho con el que me he topado hace una hora, al oeste de aquí, en una posada donde había pensado pasar la noche. Pero el orco me ha visto cuando he ido al baño y ha pensado que sería buena idea seguirme y ponerme las manos encima. Puede que estuviera exhausta, pero no lo suficiente. Lo he envuelto en una oscuridad tan profunda que se ha echado a llorar como un bebé mientras me rogaba que lo liberara.

La tabernera abre la bolsa y, al echar un vistazo al interior, sus ojos hastiados se iluminan un instante. Se le escapa una sonrisa triunfal antes de recuperar su expresión habitual.

—Con esto bastará —me dice haciendo deslizar una llave sobre la barra—. Primer piso, la última puerta a la izquierda. Le diré a la criada que te suba agua para el baño.

No sé nada sobre el dinero feérico —ni cuánto vale, ni qué puedo esperar que me den por una de esas brillantes monedas de oro—, pero le he dado una cantidad considerable y sé que trata de timarme.

—También quiero cenar.

Ella asiente rápidamente.

«Demasiado fácil.»

—Y ropa: pantalones y una camisa, nada de vestidos. Ladea los labios fruncidos mientras se lo plantea.

—Aquí no vendemos ropa, y la sastrería está cerrada a estas horas... —Al ver que le sostengo la mirada con decisión, suspira—. Pero... —Me examina de arriba abajo—. Supongo que mi ropa te servirá. Ya buscaré algo.

Le doy las gracias asintiendo con la cabeza y me siento en un taburete, porque no tengo claro que las piernas me vayan a sostener un segundo más.

—Cenaré aquí.

La tabernera guarda la bolsa y le pega un grito a un niño pequeño para que me traiga la cena. El niño sale corriendo con la cabeza gacha. Cuando ella se gira de nuevo hacia mí, su mirada se ha vuelto calculadora.

—¿De dónde eres? —me pregunta.

Se me escapa la risa, pero estoy tan cansada que suena como un gruñido.

—No es un sitio conocido.

Ella alza una ceja.

—Conozco muchos sitios. Incluso pasé un tiempo en la corte de las sombras durante la guerra.

Me encojo de hombros. Supongo que el dinero le interesa demasiado como para perderlo insistiendo.

—De ningún sitio especial.

Aspira varias veces y me pregunto qué olor le debe de llegar. ¿Conservaré aún el olor a humana a pesar de la transformación? ¿Le llegará el olor del palacio? Los fae tienen los sentidos muy aguzados, pero a mí, de momento, no me están sirviendo de nada. Ser tan consciente de cada sonido, olor o imagen es demasiado abrumador para que me sea útil.

El niño regresa en silencio. La tabernera toma un cuenco de estofado y un plato con pan que le ofrece el niño y los hace deslizar por la barra hasta donde estoy sentada.

—Con tal de que no causes problemas, no necesito saber nada. A veces es mejor así. —Agacha la cabeza para mirarme a los ojos—. ¿Queda claro?

Estaba a punto de meterme la primera cucharada de estofado en la boca, pero me detengo para responderle. ¿Qué pensará que sabe sobre mí?

—Claro.

Ella asiente bruscamente y se desplaza a otro punto de la barra para atender a otro cliente.

Casi no me aguanto sobre el taburete mientras voy dando cuenta del estofado. No debería estar tan cansada, ni siquiera tras la larga jornada a caballo, pero la verdad es que estoy destrozada. Por mucho que me tienta la idea de olvidarme de cenar, meterme en la cama y rendirme al sueño, sé que necesito repostar si quiero estar preparada para lo que venga.

«Y exactamente ¿qué es lo que tiene que venir?»

Trato de no pensar en ello. No sé hacia dónde me dirijo ni qué voy a hacer. Solo sé que tengo que alejarme del palacio, alejarme de Sebastian. Ahora mismo no puedo pensar en nada más. No puedo pensar en lo poco preparada que estoy para enfrentarme yo sola a los desafíos de esta tierra desconocida; y, desde luego, tampoco en que estas orejas puntiagudas y esta inmortalidad que acabo de estrenar suponen que no voy a poder volver a casa nunca más.

No puedo regresar a Elora.

No puedo visitar a mi hermana.

Un voluminoso orco se acerca a la barra y se sienta a

mi lado. Mide más de metro ochenta, tiene la nariz chata, los ojos negros y calculadores, y dos colmillos retorcidos que le enmarcan la boca. Es enorme, muy musculoso como todos los orcos, y su cercanía me hace sentir pequeña y frágil. Agacho la cabeza tratando de pasar inadvertida. Tras mi encontronazo con uno de su especie hace una hora no me interesa ni un poco llamar la atención de este otro orco.

—¿Cerveza? —le pregunta la tabernera regalándole una sonrisa.

—Sí, y comida. Qué día de mierda.

Ella se acerca a la espita y le tira una caña.

—¿Y eso?

—Los impuros han recuperado sus poderes.

«¿Los impuros?»

La tabernera se echa a reír.

—Sí, hombre. ¿Y qué más?

El orco niega con la cabeza.

—No te engaño, es verdad.

Ella se encoge de hombros.

—Pero eso significa que pueden hacerles daño. ¿Por qué no estás contento? —El tono de la tabernera indica que sigue sin creérselo.

—No te estoy mintiendo. Ha pasado en plena noche, en el campo de los niños. Esos malditos mataron a diez de mis hombres antes de que nos diéramos cuenta de lo que ocurría. Las últimas dieciocho horas hasta que han llegado las inyecciones han sido un caos absoluto.

La tabernera se estremece.

—No entiendo cómo pueden meterle ese veneno a la gente.

—Es fácil —replica él haciendo un gesto como si tuviera una jeringuilla en la mano y empujara el émbolo.

Ella niega con la cabeza.

—Me lo inyectaron una vez, durante la guerra. Es igual que morir.

Cuando encarcelaron a Jalek en el Palacio Dorado, le inyectaban algo que le bloqueaba la magia. ¿Están hablando de esto? ¿Les inyectan lo mismo a los niños?

La tabernera gira hacia mí y alza una ceja, y me doy cuenta de que me los he quedado mirando. Vuelvo a agachar la cabeza.

—Preferiría matarlos —comenta el orco—, pero tenemos órdenes. Ella quiere a esos pequeños bastardos vivos.

«Niños.» Está hablando de los niños unseelies de los campos.

La rabia me hace hervir la sangre. Los odio a todos. Los fae son mentirosos y manipuladores. De no ser por su crueldad y sus intrigas políticas ahora mismo podría estar en casa, con Jas, en vez de estar aquí, sola y sin rumbo. Destrozada y prisionera de este nuevo cuerpo inmortal que nunca quise ni pedí tener.

Pero ¿los niños? Aunque son fae, no tienen la culpa de nada. Los separan de sus padres y los encierran como parte de una inacabable lucha por el poder entre dos cortes que ya tienen demasiado poder. Es repugnante.

Es verdad que yo no estuve encarcelada de pequeña, pero pasé la infancia atrapada en un contrato injusto y explotador. Sé lo que es ser huérfana y sé lo que es que te impidan elegir tu vida personas que tienen tanto poder que no ven más allá de sus ansias de poseer aún más.

La tabernera deja un cuenco delante del orco mientras niega con la cabeza.

—Entonces ¿la maldición está rota de verdad?

—Sí.

Ella suspira.

—Siento lo de tus centinelas. ¿Necesitarás una habitación?

Él se mete una cucharada a rebosar de estofado en la boca y no se molesta en tragar antes de responder:

—Sí, necesito descansar unas horas antes de volver.

Ella toma una llave de la tabla que cuelga a su espalda y se la deja sobre la barra.

—Ten cuidado esta noche, ¿me oyes?

La respuesta del orco es un breve gruñido, que suelta antes de seguir atiborrándose de estofado.

A mí se me ha revuelto el estómago al pensar en esos niños a los que les están inyectando toxina antimagia. No soporto imaginármelos encarcelados.

«Los impuros.» Así los ha llamado. ¿Será el término que usan para referirse a los presos o a los unseelies? Me temo que sé la respuesta, y eso hace que me hierva la sangre de rabia.

Me obligo a terminar la cena porque necesito reponer fuerzas, aunque el pan me sabe a ceniza y el estofado me cae a plomo en el estómago.

Cuando la tabernera me retira los platos me quedo un rato con el vaso entre las manos mientras el orco se acaba su ración y pide repetir. Al oír los sonidos de satisfacción que emite al acabarse la segunda ración, me bebo lo que me queda en el vaso.

—¿Me sirves otro vaso de agua? —le pregunto a la ta-

bernera levantando el vaso y sacudiéndolo—. ¿Te molesta si me lo llevo a la habitación?

Ella asiente y toma la jarra para llenarme el vaso.

Lanzo un último vistazo al orco antes de dirigirme a la escalera. Me oculto entre las sombras, envolviéndolas a mi alrededor para que ninguno de los demás parroquianos me vea al pasar junto a mí. Aguardo en silencio, con los párpados pesados, mientras las sombras me acarician los nervios crispados. Mi cuerpo entero me ruega que lo deje descansar. Espero y espero hasta que por fin el orco aparece al pie de la escalera y empieza a subir.

Es fácil mantenerse en las sombras a la luz de las velas. Además, la trabajosa respiración del orco enmascara el sonido de mis pasos. Al llegar a la primera planta recorre el pasillo y se detiene delante de una de las puertas, dos antes de llegar a la mía. Cuando abre la puerta me fijo en que se abre hacia el pasillo y no hacia la habitación.

«Perfecto.»

Cuando entra, me dirijo a mi habitación. Es pequeña, oscura y huele a humedad, pero tiene una cama y, tal como me han prometido, hay ropa y un cubo de agua templada para bañarme. Me bebo el vaso de agua y lo relleno con el agua jabonosa antes de volver al pasillo. Coloco el vaso frente a la puerta del orco para que se caiga si abre la puerta. Me gustaría poder preparar una trampa más elaborada usando magia, pero me falta práctica y no sé si seré capaz de mantenerla activa mientras duermo.

Estoy agotada, al límite de mi paciencia, y el instinto tira de mí en direcciones opuestas. Una parte de mí quiere dormir eternamente, en cambio la otra pretende que me ponga en camino ahora mismo para ayudar a los niños

unseelies. Pero no tengo ni idea de dónde están ni de qué me encontraré una vez que llegue a los campos. Necesito dormir. Lo necesito con desesperación.

Vuelvo al dormitorio, me quito el camisón sucio y me froto la piel hasta que me cosquillea.

Mientras me lavo veo la esmeralda que me cuelga entre los pechos. Sebastian me la regaló para que la llevara durante la ceremonia de vinculación. En aquel momento me pareció un detalle precioso, me emocionó que me regalara una joya a juego con el vestido que me diseñó mi hermana, pero ahora solo es un frío recordatorio de su traición. Siento la tentación de arrancármela y tirarla a la basura, pero no lo hago. No tengo dinero, y tal vez necesite venderla más adelante.

Me paso el paño por el esternón, ignorando la runa que tengo marcada en la piel, justo encima del corazón, símbolo del vínculo perpetuo que me une a Sebastian.

Solo llevaba un día sin bañarme, pero tengo la sensación de que ha pasado una eternidad desde que me preparé para Sebastian y nuestra ceremonia de vinculación. Estaba tan feliz y emocionada..., pero ahora solo siento el dolor de la traición quemándome por dentro, además de sus emociones, que se superponen a las mías en un embate constante, como las olas que chocan contra un dique que parece estar a punto de venirse abajo y amenazan con ahogarme.

«Te quiero. Te necesito. Perdóname.»

Pero el perdón me parece más lejano e inaccesible que el retorno a mi vida anterior en el reino humano. Sebastian me ha arrebatado la poca capacidad de confiar en los demás que me quedaba. Me hizo creer que quería vincu-

larse conmigo porque me amaba. Ligué mi alma a la suya para que pudiera protegerme de quienes querían matarme para apoderarse de la corona. Y él no hizo nada por impedirlo. Al contrario. Permitió que me vinculara con él; me persuadió para que lo hiciera seleccionando trocitos de verdad y combinándolos con mentiras atractivas y bien presentadas. Consiguió el vínculo sin importarle la maldición y el efecto que me causaría su sangre unseelie. Sabía que moriría y que tendría que tomar la poción y convertirme en fae para sobrevivir.

Y todo lo hizo por el poder. Por la misma corona que Finn y Mordeus perseguían. Y él los criticaba por ello.

Sebastian no es mejor que los demás, y ahora estoy atada a él para la eternidad. Para toda mi vida inmortal. Ahora puedo sentirlo como si fuera una parte de mí.

Lo aparto de mí. Todo: sus sentimientos, los míos.

Es demasiado. Demasiado grande, pero al mismo tiempo no lo suficiente. Porque hay campos llenos de niños a los que drogan y encierran para cumplir los malvados objetivos de la reina. Niños inocentes con el mismo control sobre sus circunstancias que tuve yo cuando firmé el contrato con madame V. para que Jas y yo no acabáramos en la calle.

El día que me enteré de la existencia de los campos se me revolvió el estómago. Finn me contó que, cuando los guardias de la reina Dorada descubrían a algún fae del reino de las Sombras en su territorio, separaban a los niños de sus padres y metían a los pequeños en campos donde les lavaban el cerebro y les enseñaban que los seelies eran mejores, valían más, y que los unseelies debían estar a su servicio.

Y aunque mi instinto me advirtió de que la existencia de esos campos era una señal de que no debía confiar en los fae dorados, dejé que Sebastian me convenciera al decirme que él se oponía a esos campos. Pero no volveré a dejarme engañar. No caeré al nivel de Sebastian ni me obsesionaré con mis problemas si puedo dar una mano. No seré como él, qmira hacia otro lado ante los malvados actos de su madre. Haré lo que esté en mi mano para ayudar a esos niños, aunque solo sea para desbaratar los planes de Sebastian y su madre, sean los que sean.

Estoy atrapada en este reino; soy fae, pero no estoy desvalida. Tengo poder y me niego a ser como ellos.

La extenuación me ayuda a acallar el bucle de mis pensamientos. Me gustaría dormir así, con la piel limpia sobre las sábanas limpias, pero me obligo a ponerme la ropa nueva. Si la trampa funciona, en cuanto la oiga tendré que estar lista para partir; no puedo perder tiempo vistiéndome.

Cuando me meto en la cama me quedo dormida casi antes de taparme.

Sueño con oscuridad. Alzo la vista hacia un reconfortante manto de estrellas resplandecientes y escucho la voz de Finn a mi espalda.

«Abriella, todas las estrellas de ese cielo brillan para ti.»

El débil aleteo de mi pecho se transforma en unas alas que se agitan haciéndome volar. Me desplazo por la noche oscura y una mano diminuta aprieta la mía. Ni siquiera me sorprende ver los ojos plateados de Lark, que me dirige una amplia sonrisa. No es la primera vez que la sobrina de

Finn me visita en sueños. Normalmente lo hace para advertirme de algo o para compartir conmigo alguna profecía críptica. Me doy cuenta de que esta es la primera vez que usar su magia no le robará años de vida. La maldición de la reina Dorada se rompió en el momento en que su hijo se hizo con la corona unseelie. Ahora los fae de las Sombras pueden usar sus poderes sin sacrificar su inmortalidad.

Al menos ha salido algo bueno de la traición de Sebastian.

La telaraña plateada de la frente de Lark se ilumina mientras volamos por el cielo nocturno salpicado de estrellas, pero luego nos desplomamos bruscamente y la tranquila noche desaparece. Estamos en una especie de enfermería. A lo largo de las paredes se alinean camas ocupadas por niños dormidos.

—Qué tranquilos parecen —susurro.

Lark frunce los labios en una mueca reflexiva.

—Hay una innegable paz en la muerte, pero vendrá seguida de disturbios si no lo impides.

Niego con la cabeza.

—No entiendo lo que me quieres decir.

Lark tiene el don de ver el futuro, pero hasta ahora nunca me había mostrado una imagen tan precisa como esta.

—Te están buscando —me dice con los ojos brillantes—. Tienes que volver a casa. Por los niños. Por la corte.

Vuelvo a negar con la cabeza.

—No tengo casa. —Mi hermana es la única persona que me quiere de manera desinteresada y se encuentra en

un reino al que ya no puedo acceder ahora que soy fae—. Sebastian tiene la corona, lo siento.

Ella me apoya un dedito en los labios y mira por encima del hombro, hacia la noche oscura.

—Escucha. —Un grito que llega desde otro mundo resuena a lo lejos—. Es la hora.